

Roma, 1957

Cristo desplegado a través de los siglos

Jesús es el Verbo de Dios encarnado.

La Iglesia es el Evangelio encarnado: por esto es Esposa de Cristo.

A través de los siglos se han visto florecer muchísimas órdenes religiosas.

Cada familia u orden es la «encarnación», por así decir, de una expresión de Jesús, de una actitud suya, de un hecho de su vida, de un dolor, de una palabra suya.

Están los franciscanos que, con su sola existencia, siguen predicando en el mundo:

“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos” (*Mt* 5,3).

Están los dominicos que contemplan el Logos, el Verbo, como Luz, Verdad, explicando y defendiendo la Verdad.

Los monjes han asociado la acción a la contemplación (Marta y María). Los carmelitas adoran a Dios en el Tabor, dispuestos a bajar para predicar y afrontar la pasión y la muerte. Los misioneros ponen en práctica el precepto: “Id y predicad a todas las gentes” (*Mt* 18,19).

Órdenes, congregaciones e institutos de caridad repiten el gesto del buen samaritano.

Santa Teresita y los seguidores de su ‘caminito’ parecen eternizar la palabra: “Si no cambiáis y os hacéis como niños, no entrareis en el Reino de los Cielos” (*Mt* 18,3).

Las hermanas de Belén, de Nazaret, de Betania, etc... son expresiones concretas de un momento de la vida de Jesús; santa Catalina, de la sangre de Cristo; santa Margarita María Alacoque, de su Corazón; los misioneros y las adoratrices de la Preciosísima Sangre no dejan de meditar en el precio de nuestra redención...

En resumen, la Iglesia es un majestuoso Cristo desplegado a través de los siglos.

Como el agua se cristaliza bajo forma de estrellitas en la cándida nieve, así el Amor asumió en Jesús la forma por excelencia, la belleza de las bellezas. En la Iglesia, el Amor ha ido asumiendo diversas formas que son las Órdenes y las familias religiosas.

En el espléndido jardín de la Iglesia florecieron y florecen todas las virtudes. Los fundadores de las Órdenes son aquella virtud hecha vida y se fueron al Cielo como “palabra de Dios”, transfigurados por tanto amor y tanto dolor.

Realizaron el designio de Dios y vale para ellos: «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (cf. *Mt* 24,35).

Los santos fueron y son una palabra de Dios dicha al mundo e, identificados con ella, con ella no pasarán.

Ahora bien, todas estas Órdenes, estas espiritualidades nacidas en el transcurso del tiempo encuentran su verdadera esencia, su principio en Jesús, quien continuamente y por siempre vive en su Iglesia.

Él las unifica con el único espíritu; pero está en los religiosos el permitir que se pueda manifestar esta armonía, esta altísima divina unidad en toda su plenitud, de manera que en la Esposa de Cristo resplandezca sólo “su” belleza y, con el mayor alcance posible, testimonie al mundo su divinidad.

Más, para que en las Órdenes religiosas brille verdaderamente la espiritualidad de la que han nacido y en la que encuentran la razón de su existencia, los seguidores han de ver a sus fundadores como Dios los ve. Dios ve en san Francisco la idea de la pobreza, que en Dios es Amor; en santa Teresita la idea de la “pequeñez”, que en Dios es Amor; en santa Catalina la sangre de Cristo, que en Dios es Amor.

Dios ama a cada Orden porque le recuerda a su Hijo, la Idea de Sí mismo humanizada: el Amor "encarnado".

El Evangelio predicado por Jesús era la buena nueva, el Amor anunciado.

Durante veinte siglos este Amor se ha concretado en su Iglesia; ella, en cierto sentido, continúa la Encarnación y por tanto tiene como cabeza a Cristo; pero en cuanto -por así decir- repite la Encarnación, tiene como Esposo a Cristo.

Si queremos servir a la Iglesia, también nosotros debemos seguir predicando el Amor; pero, sobre todo, llevarlo a la práctica poniéndolo en circulación entre las diferentes Órdenes religiosas. Habrá una Orden basada en la mansedumbre, y otra como los Jesuitas que acentúan la violencia evangélica "agere contra".

Y dado que todos los fundadores en su forma diversa de actuar, fueron impulsados por un mismo amor, en la actuación de este amor encontraremos la diversidad sobrenatural de sus rostros y se comprenderán sus palabras y sus reglas.

Ciertamente ellos son santos porque su amor no se limita a un aspecto de la Iglesia, sino que la miraron y la amaron en toda su amplitud y, si de ella cuidaron un aspecto concreto, fue porque en aquél vieron un instrumento de Dios para beneficiarla en su totalidad.

Pues bien, del mismo modo que una ciudad, un país, una zona, no se puede observar bien en su conjunto caminando sólo por las plazas, las calles o subiendo unas escaleras, sino que se ha de ver desde lo alto, como desde un avión; tampoco se comprende y, por tanto, no se puede servir bien a la Iglesia y a los propios fundadores si no se miran desde lo alto, como desde los ojos mismos de Jesús; o para hacer más sencillo y seguro el conocimiento, desde los ojos del Padre común, el Vicario de Cristo, que permanece firme en el centro de la Esposa de Cristo, lejos de todos y sin embargo más cercano que ninguno. El Papa es el testimonio de la unidad de la Iglesia y su figura manifiesta la presencia de Jesús vivo en ella para siempre.

Chiara Lubich

«La Rete», 1 [1957], n. 4, p. 8 [del texto original revisado]